



OPINIÓN

## El Arca de Noé

El arqueólogo Juan Schobinger reflexiona sobre la legitimidad de una reciente expedición en busca de los restos de la nave bíblica.

PÁGINA 3

Los restos de **José de San Martín** fueron repatriados treinta años más tarde de su muerte, acaecida en Boulogne Sur Mer.

Era la voluntad de una nueva generación de políticos empeñados en clausurar las divisiones del pasado y fortalecer las bases de la Nación en ciernes.

Y resultó un acto imprescindible para saldar la deuda con el que después sería reconocido como **"Padre de la Patria"**.

# Sobre héroes y tumbas

Por **Beatriz Bragoni**, historiadora, Cricyt-Conicet-UNCuyo

**J**osé de San Martín murió en 1850 en Boulogne Sur Mer, una pequeña villa francesa, rodeado de sus afectos más profundos y alejado del escenario que lo había tenido como protagonista de la Independencia sudamericana. Treinta años más tarde sus restos arribaron al puerto de Buenos Aires como consecuencia de la voluntad de una nueva generación de políticos que pretendían clausurar un pasado preñado de divisiones intestinas que habían impedido la unión política en la Argentina del siglo XIX.

La repatriación de las cenizas del héroe de Chacabuco y Maipú, que se había negado a participar de las guerras civiles, fue en un momento propicio para saldar la deuda con el que después sería reconocido como "Padre de la Patria". El homenaje póstumo no sólo venía a cumplir el deseo de San Martín de descansar en suelo americano después de un largo ostracismo, también suponía un acontecimiento de enorme significación para alimentar sensibilidades patrióticas afines a la construcción de una nacionalidad argentina que era preciso robustecer para proyectar el rumbo ascendente del país.

**El regreso del héroe**

No era la primera vez que la figura de San Martín aparecía como referente principal del panteón de próceres que había servido a la nación surgida del proceso revolucionario desencadenado en mayo de 1810, a raíz de la crisis de legitimidad de la monarquía española. En 1862, para cuando el presidente Mitre pretendía "pintar al país de un solo color", la ciudad de Buenos Aires había sido testigo del emplazamiento de la primera estatua ecuestre consagrada a su memoria. La obra, encargada al artista francés Daumas, fue ubicada sobre la barraca del Retiro. Allí, el mismo Mitre habló ante los asistentes presentando al personaje como libertador, héroe del pasado y modelo del futuro, síntesis de virtudes cívicas y morales, cuyo recuerdo debía iluminar la política del presente, orientada a lograr la unidad política nacional. El homenaje porteño era posterior al realizado en Santiago de Chile un año antes: según Vicuña Mackenna, la idea de honrar su memoria databa de 1856, en medio de un contexto político e institucional de destacada estabilidad, que distaba del caso argentino, y en el cual las élites dirigentes chilenas habían destinado recursos y acciones al robustecimiento de los mitos fundacionales de la nación en torno a las figuras de Bernar-

do de O'Higgins, José M. Carrera y Diego Portales. El hecho de que San Martín no había nacido chileno no impedía -a juicio del otrora intendente de Santiago- que no mereciera un sitio en el panteón de los hacedores de la patria republicana.

En las décadas que siguieron a aquel momento fundacional de la Argentina republicana, en que la unión nacional estaba todavía lejos de ser conquistada, el interés de las élites dirigentes por construir la nacionalidad argentina condujo a nuevos homenajes monumentales que tenían como destinatarios a los padres fundadores de la Patria. Si en 1860 la repatriación de los restos de Bernardino Rivadavia supuso para Mitre la oportunidad de vincular el nacionalismo liberal que promovía con el legado republicano anterior al ascenso de Rosas, años después, la figura elegida fue la de Manuel Belgrano como creador de la Bandera; sin embargo, en 1877 el presidente Avellaneda juzgó oportuno activar la repatriación de los restos de San Martín, para lo cual se nombró una comisión ad hoc con el fin de cumplir para hacer efectiva la ley del Congreso de 1864 -originaria de un proyecto presentado por los diputados Martín Ruiz Moreno y Adolfo Alsina-, que asignaba recursos para llevar a cabo la empresa.

Los preparativos de la "más grande ceremonia pública" del siglo XIX fueron intensos: la erección de un mausoleo en la Catedral Metropolitana, el sitio elegido para depositar para siempre los restos del Libertador, no podía ser más emblemática de la significación atribuida al regreso del héroe que había cabalgado en la vorágine de los tiempos modernos con formatos monárquicos. Finalmente, el 28 de mayo de 1880 el barco de guerra recién adquirido que había partido de El Havre donde se trasladaban las cenizas del Capitán atracó en el muelle de Catalinas. Allí se dio cita lo más selecto del elenco de notables, y un público muy variado que incluía las colectividades italiana y española originarias de las oleadas de inmigrantes que se integraban con relativo éxito a una economía en plena expansión. El discurso de recepción en nombre del Ejército estuvo a cargo del general Sarmiento, el mismo personaje que había recibido los restos de Rivadavia en 1860. Después de celebrado el acto, la comitiva que acompañaba el traslado del féretro cubierto por las banderas de Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay se detuvo frente al monumento ecuestre. Allí, el orador fue el presidente Avellaneda, quien destacó el valor de "la conmemoración de los héroes" y declaró completa la "obra de

glorificación". Al exaltar las enseñanzas perdurables de San Martín, las palabras presidenciales hicieron pie en que ellas no debían permitir convertir "una espada en cetro". La franca referencia al papel que las rebeliones armadas habían tenido en la demora de la institucionalización del país, elevaba a un primer plano la subordinación militar a la autoridad civil.

**El juicio de la historia**

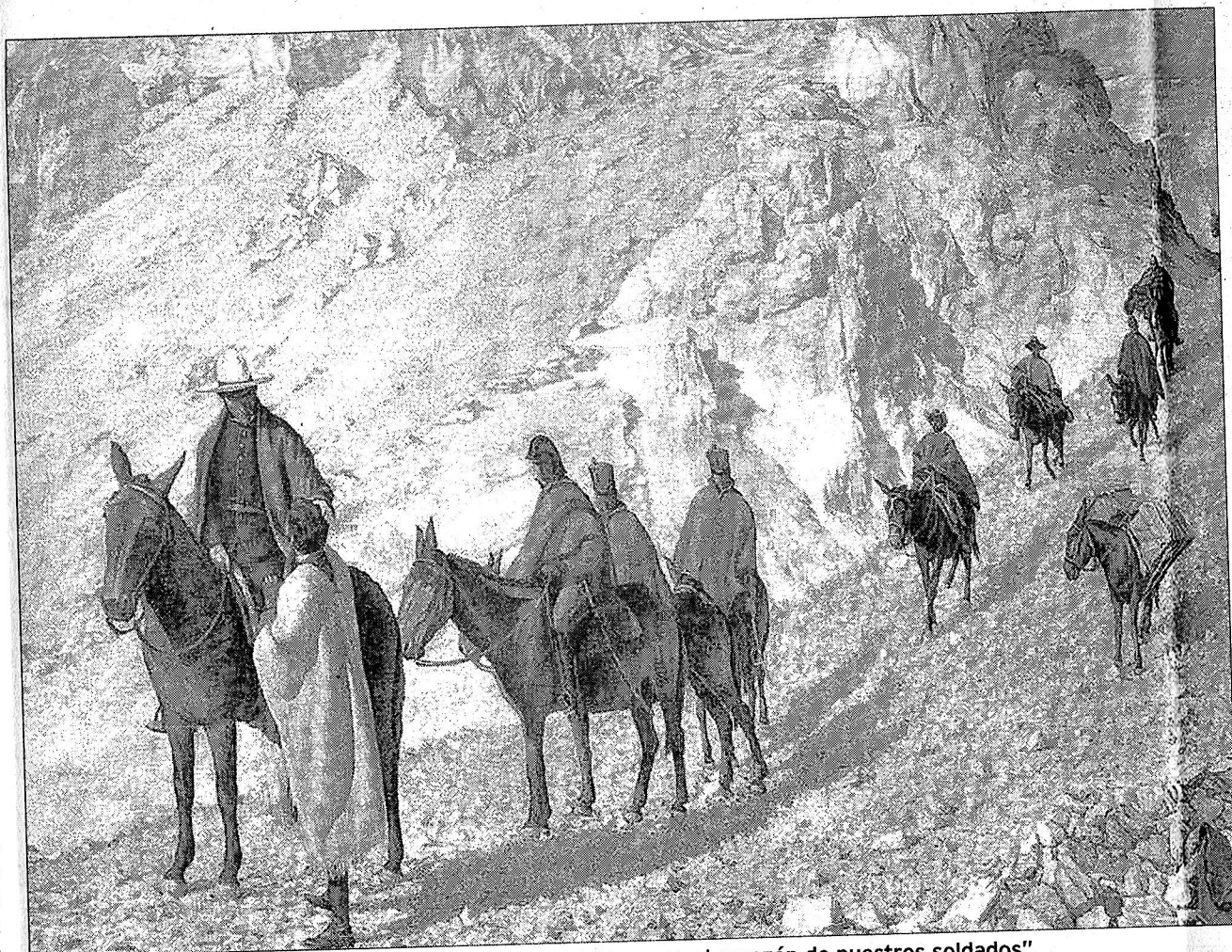
Después de "treinta años de discordia", en 1880 el orden político había sido conseguido y la autoridad nacional ejercía plena soberanía en todo el territorio argentino. El ochenta entonces se presentaba como momento propicio para terminar con las antiguas disputas que habían demorado el progreso argentino. Ese clima favorable para llevar a cabo un balance de época, permitía reubicar el juicio que los contemporáneos habían elevado sobre su trayectoria: así las preferencias monárquicas y, sobre todo, la desobediencia del Año XX eran reinterpretadas a la luz de la ubicación de San Martín en un proceso histórico de mayor alcance, al elevar el papel de la revolución rioplatense a un plano continental. Esa relectura del pasado permitía rescatarlo del olvido. Las pala-



## VIENE DE PÁGINA 1

bras que Sarmiento dirigió a sus conciudadanos no podían ser más elocuentes de ese ejercicio selectivo de memoria y de confianza en el juicio de la historia: "A nombre de la presente generación, recibimos estas cenizas del hombre ilustre, como expiación que la historia nos impone de los errores de la que nos precedió".

En las palabras siempre efectivas del célebre autor del *Facundo*, San Martín era equiparado no solo con Bolívar sino con Washington, esa tríada de "grandes hombres" que vigorizaron el momento de la independencia del "Extremo Occidente", ofreciendo a la antigua Europa la cara de las "comunidades imaginadas" a las que ha referido B. Anderson. Para Sarmiento, "la repatriación de sus cenizas era "complemento de aquel largo y penoso trabajo que se opera en la mente de los pueblos; para dar al César lo que es en la historia de las naciones, disputado largo tiempo por los contemporáneos, hasta que disipado el polvo del combate, y cuando los ruidos de lo que se destruye han cesado, puede tomarse razón de lo que ha quedado de durable, de bello, de bueno y de grande, la Independencia de varias naciones, obtenida sin imponerse el vencedor en cambio de la dominación destruida". Si ese era el legado americano de San Martín, a los argentinos había dejado un "don especial": "En nuestras líneas de batalla, si un día hemos de tener que tenderlas contra el extranjero, el nombre y la gloria de San Martín estarán en los labios y en el corazón de nuestros soldados. Es un legado precioso para una nación el nombre de un Gran Capitán". Si el primer legado hacía hincapié en la independencia de Sudamérica, y el segundo en el perfil militar, la opción política sanmartiniana opuesta a la República y a la federación era entendida -al igual que otros fracasos institucionales como el del mismo Rivadavia- como resultado de un pasado cargado de



"... El nombre y la gloria de San Martín estarán en los labios y en el corazón de nuestros soldados".

impulsos y escaso de experiencias e instituciones que habían impedido poner en práctica gobiernos y sistemas: "¿Qué decir contra San Martín, la América de su tiempo, si se le hacía abandonar la obra? ¿Qué de Rivadavia nosotros, si no se le dejaba poner en práctica su sistema?"

El tiempo en el que Sarmiento dirigía sus palabras frente a los restos del Gran Capitán era percibido definitivamente diferente del de aquel pasado plagado de controversias: "Vosotros y nosotros, pertenecemos a una época mejor. No hay, por más que parezca, tanta prisa por ir adelante". En la percepción sarmientina (como en la de muchos otros), en los treinta años que separaban al ochenta de Caseros, el país habían conseguido sumergirse en una

intensa transformación que anticipaba un futuro promisorio para la Nación: "Harto hemos avanzado desde que vamos despacio. Hemos avanzado más que todos los otros Estados americanos, con sólo haber dejado sucederse de seis en seis años, tres administraciones más o menos defectuosas, más o menos justificadas, pero todas y cada una señalando un gran progreso en población, riqueza e inteligencia". Si en su discurso Sarmiento volvía poner en escena tres categorías medulares de la formación de la Argentina moderna que dieron forma a un consenso liberal afanosamente edificado al menos desde 1853, el hecho de haber participado en su misma gestación no le hacía perder de vista que los beneficios obtenidos iban a ser arbitrados y disfrutados por

una nueva generación. Es allí donde el viejo Sarmiento ubica concretamente el momento de enlace que permite mirar el pasado con otros ojos y reparar antiguas heridas sin necesidad de apelar a panegíricos: "Vosotros y nosotros, pues, hacemos hoy un acto de reparación de aquellas pasadas injusticias, devolviendo al General don José de San Martín el lugar prominente que le corresponde en nuestros monumentos conmemorativos. Podremos respirar libremente, como quien se descarga de un gran peso, cuando hayamos depositado en el sarcófago, que servirá de altar de la Patria, los restos del Gran Capitán, a cuya gloria sólo faltaba esta rehabilitación de su propia patria y esta hospitalidad calurosa que recibe de sus compatriotas".

## CALLE ANGOSTA

Por J. Luis Menéndez



## Cartas del General

San Martín fue un político revolucionario con virtuosismo militar. Su genialidad en la estrategia con que planeó la lucha por la Independencia americana fue el punto de remate de una concepción de poder. Es decir, peleaba, pero sabía para qué. Coincidían en su misma persona la perspectiva ideológica y las armas para instrumentarla. Era además un hombre instruido, de gran capacidad intelectual, y con un perfecto conocimiento de la historia. Poseía entre sus bienes más preciados los libros clásicos de la época, incluyendo los mejores ensayistas ingleses y franceses, que leía directamente en su idioma original. Y él mismo era un escritor convincente, de perfecta estructura, y por momentos, ingenioso y mordaz. Sobrevivió cinco lustros a su período de acción intensa y directa, en un ostracismo (siempre inquieto y lúcido) que lo tuvo instalado en el centro del mundo. Pudo haber legado, con autoridad indiscutida, un libro de análisis histórico, o de estrategia político-militar o aunque más no fuese de "memorias" que le sirvieran como puente para echar luz sobre los acontecimientos que lo tuvieron como protagonista. No lo hizo, sin embargo. Tal vez haya temido transmitir a las nuevas generaciones el peso de un dogma. Y preferido en cambio el simple lenguaje de los hechos. Pero el General dejó, al menos, sus cartas, donde se puede rastrear, desde su tono intimista y aparentemente ligero, la coherencia de sus ideas.

Cuando se dudaba sobre la declaración de la Independencia, le decía a Godoy Cruz, diputado por Mendoza al Congreso de Tucumán: "¿Hasta cuándo esperamos declarar nuestra independencia? ¿No le parece a Ud. una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellón y cocarda nacional y por último hacer la guerra al soberano de quien en el día se cree que dependemos?"

En las puntas de su "tira y afloje" con